

RESPUESTA

Debemos a un periódico tan culto y tan discreto como *El Tiempo*, unas palabras de respuesta cortés que, en modo alguno, serán comienzo de polémica: ni á los lectores de *El Tiempo* ni á los lectores de *El Heraldo* puede convenir el empalagoso dote y dote, que al fin y al cabo dejan á cada cual con sus convencimientos ó con sus prejuicios.

Departiremos, pues, amigablemente, y con este espíritu de paz diremos al órgano autorizado del Sr. Silveira cómo su artículo de hoy, con la queja dolorida que dirige al *HERALDO*, son lamentables inversiones de hechos harto notorios para que puedan quedar sujetos á una arbitraria crítica.

Que el *HERALDO* ha cambiado... ¿Cómo y por qué? Pero demos por exacta la mutación que se nos achaca: ¿es que el señor Silveira está en su sitio? ¿Es que los hombres que han salido al camino del Sr. Silveira para recogerlo y «trasbordarlo» al vehículo de la Unión conservadora, piensan hoy ó pueden hablar en este momento como pensaban ó como hablaban no en fecha más lejana que el 7 de Agosto último?

No; el *HERALDO* no ha venido á convertir en siglos un trimestre. Ese milagro, ese gran fenómeno que, en efecto, ofrece ya la cronología política conservadora, no hay que colgarlo de nuestra pluma; entóntes perteneciente de derecho á los que ayer mismo declarabanse irreconciliables...

Y de qué modo irreconciliables... A los Pidal, á los Cos-Gayón, á los Azcárraga, á los Tejada, á los Osma, á los García Alix apartábalos del Sr. Silveira, según decían ellos y decía también el Sr. Silveira mismo —apartábalos de toda inteligencia con el ángel rebelde, no la persona de Cánovas; el abismo hablaba abierto la cuestión de Cuba, el mando de Weyler, la defensa de las reformas antillanas, la palabra «liquidación» echada á volar en el escenario de la Alhambra, la gestión económica censurada sin piedad por el silvelismo, la cuestión municipal resuelta por los tribunales con instrucciones de Cos-Gayón y Tejada Valdosa, frente á los epigramas y acometidas del implacable disidente; la campaña electoral de un Gobierno que fué todo los días en la discusión de actas llevada á la piqueta por Silveira, Villaverde y Dato...

A un varón estos señores, como habían de entender con los hombres del partido conservador? Cánovas era un hombre ilustre; el Sr. Silveira declaraba que su oposición no era ya ni podía ser una pugna personal; rechazaba indignado semejante pequeñez de móviles y de miras. Su pensamiento volaba más alto, su genio político también aspiraba á más, su alma era bastante grande para quedar prisionera de oscuras y comineras rencillas... La diferencia entre el partido conservador y el Sr. Silveira extendiase á una inmensa serie de cuestiones: referase á la totalidad de la vida política, al procedimiento, á las costumbres, á las leyes existentes, á las relaciones internacionales, á la guerra en Cuba, al statu quo diplomático, al regionalismo, á los Códigos, al Jurado, á la organización del sufragio, á todo, absolutamente todo...

Y al establecer y apreciar esa diferencia (que ennoblecía ciertamente al Sr. Silveira, porque libraba su persona y sus movimientos de toda sospecha equívoca) sacaba el ilustre orador esta consecuencia arrogante: hay que constituir un nuevo partido conservador.

Y puso manos á la arriesgadísima obra, y organizó comités, casinos y Junta central; dió, en fin, un programa y levantó una bandera, bandera y programa que así tenían que ver ó hacer con los conservadores canovistas como con los liberales de Sagasta ó los federales de Pi.

Después...

Después viene la muerte de Cánovas: los conservadores se agrupan primero alrededor del Gabinete Azcárraga y luego siguen al Directorio; pero en uno y otro momentos declarando en alta voz, como no renunciaban á las responsabilidades del último Gobierno, y como persistían en mantener la unidad del partido á pesar de la decepción de Santa Agueda.

Ellos cargaban con todo: con las elecciones del Sr. Cos Gayón, con la gestión del Sr. Navarro Reverter, con la cuestión municipal, con la abolición de los concejales, con la guerra de Cuba, con las reformas, con Weyler...

La muerte de Cánovas había acabado con la cabeza, pero el cuerpo quedaba intacto y aspiraba á ser coronado por la aparición de un cerebro propio.

Pero de pronto el Sr. Pidal dice que «aquí no ha ocurrido nada». La disidencia de Silveira era una renca de familia que desaparecía con la muerte del jefe.

Y resulta que ni el silvelismo es silvelismo, ni el canovismo quiere poseer nada de Cánovas.

El uno tiene que renunciar á su organización, á su pensamiento y caracteres propios. El otro tiene que andar por encima de su historia con el tiento del explorador que teme hallar bajo la aparente solidez de la superficie un abismo espantoso.

¿Qué no es así? Eso se verá el primer día que la unión conservadora luche en el Parlamento con la mayoría liberal, y sobre todo con el Sr. Romero Robledo.

El Sr. Silveira sólo podrá hacer entonces sus subordinados el beneficio del silencio; pero en tal caso el silencio será de una elocuencia abrumadora.

No hemos convertido, no, los trimestres en siglos; á eso aspiran únicamente los señores de la Unión, pretendiendo que ellos son roca inmovible y los demás ola inconstante.

Nosotros deseamos para nuestro país grandes y vigorosos partidos de opinión. El mayor defecto que notamos en la nueva unión conservadora, está en su carácter excesivamente personal y en su carencia de espíritu ambiental.

Hay muchos hombres en la unión; pero ese conjunto de hombres, ¿qué significaría mañana si un Silveira, ó un Pidal, desapareciera como ha desaparecido Cánovas?

Por lo visto, la muerte haría el milagro de acabar con los programas y con las organizaciones que pretenden levantarse al influjo de un gran interés social y de una grande idea.

Que el partido conservador sea fuerte y sea hasta gigantesco con la inspiración de Pidal y el buen consejo de Silveira... ¿Por qué habíamos de lamentarlo?

Pero que lo sea verdaderamente, demostrando, en primer término, que no es una suma de abdicaciones, sino una resultante de opinión, y en segundo término, uniéndolo á todos y no segregando...

Dijimos ayer que el ala izquierda del canovismo está fuera de la unión.

Si esa observación es un pecado lo será de la vista. Pero pecados así son para agradecerlos, á no ser que los señores Silveira y Pidal, sintiéndose preparados para el poder, comiencen á hallar muy conveniente la ceguera.

Ecos de todas partes.

El médico mayor del ejército italiano, doctor Marchi, ha inventado un proyector portátil que proyecta la luz sobre el cuerpo del paciente, permitiendo al médico examinarlo sin necesidad de tocarlo.

En el teatro de la Comedia francesa una en cuatro actos, original de Henri Lavedan, se representará el día 31 de este mes. Trata de la vida de un hombre que, al principio de los ensueños, ofrece mano y títulos y riquezas; no es precisamente príncipe, pero poco le falta. Catalina es una profesora de piano de la familia de los duques de Contrax. Catalina, primer premio del Conservatorio, es una encantadora muchacha. Trabajando mantiene á su familia, que es muy numerosa.

Georgina, hija de Catalina, por esposa, y ésta acepta las proposiciones del joven las ganancias de este vendrán á aumentar los recursos de todos. Así al mismo tiempo el Sr. Vallón, padre de Catalina, recibe en su casa la habitación de la duquesa de Contrax, y ella va á pedir para su hijo Francisco la mano de Catalina. Seis meses hacía que Francisco estaba enamorado de Catalina, y como es hombre que no tiene preocupaciones, acepta la oferta y obtiene la mano de la hija de su madre para casarse con la joven profesora.

Catalina ama á Francisco... pero ya se halla comprometida con Jorge... mas éste, que la ama, dice que su amor es más fuerte que el de la duquesa, y se casará con ella. Catalina se resiste á la tentación... En fin, un día Catalina sorprende á Francisco en el momento en que va á dar á Elena un beso en los labios... Surge la terrible cuestión del divorcio.

Catalina está resuelta á realizarlo; no hay modo de aplazar en indignación; pero Jorge se presenta y dice á Catalina que ella no se casará con él, sino con la duquesa, una obra que él realizó con un gran sacrificio y por la felicidad de la mujer amada.

Instada por Jorge, Catalina cede y perdona, sin duda gustosamente, al esposo que le ha dado la vida. Lo extraño es que el público, á pesar del naturalismo, que está en moda, aplauda una comedia digna de Paul Féval ó de Karr.

En los días 3 y 4 del próximo mes de Febrero se procederá á la venta, en el Hotel de la Unión, de una colección de cuadros modernos de que fué propietario Mr. Stewart.

Viene á ser este anuncio un verdadero acontecimiento artístico por el número y calidad de los cuadros que van á enajenarse, obras maestras de la escuela pictórica moderna, reunidas con tanta diligencia como perseverancia.

El célebre y difunto poseedor de esta colección sentía gran afecto hacia todas las escuelas, teniendo marcada predilección para nuestro primer Fortuny; así es que figuran 25 de sus obras más memorables en la colección que va á venderse.

Hay algunas semanas que se anunció en París la publicación de un volumen que, hoy, al aparecer, constituye, según los críticos más competentes, el acontecimiento literario de estos días.

El título del libro al cual nos referimos, es *El Desastre*, que dedica á la memoria del general Marguerite sus dos hijos, brillantes oficiales del ejército francés.

Este libro no se recomienda tan sólo por el noble pensamiento de afecto patriótico y liberal que ha movido á la pluma de sus autores, y al principalmente por su notabilísima ejecución y por el doble efecto á que se refiere, ofreciendo por otra parte el atractivo de destacar, poniéndolos de relieve y en primera línea, entre los escritores franceses, á dos jóvenes que, por ser hermanos, pueden decirse que constituyen una personalidad doble.

Relatar la guerra, el desastre, pero el desastre glorioso, la gloria que victoria las almas y agranda ante la historia á los vencedores, es empresa más para senda que escrita y que únicamente han podido escribir manuscritos únicamente los hijos miliares de un general derrotado.

En el pueblo de Salincho se han publicado las amonestaciones de un futuro casamiento entre el Sr. Sigal, de sesenta y nueve años de edad, con la señora viuda de Crayssac, que frisa ya en los cincuenta y ocho; de suerte que el matrimonio proyectado suma ciento veintiseis años.

Nada puede objetarse contra esta edad, porque la edad se adquiere inconscientemente; pero las felicitaciones á los novios se reducen en anagramas críticos, al enterarse que el Sr. Sigal es padre de ocho robustos hijos, y que su futura vida se agita al matrimonio once de éstos en perfecto estado de salud; es decir, que iniciarán los nuevos novios su vida matrimonial con diez y nueve hijos, hecho que han de agradecer los que se interesan por la repoblación de la vieja República.

Nada puede objetarse contra esta edad, porque la edad se adquiere inconscientemente; pero las felicitaciones á los novios se reducen en anagramas críticos, al enterarse que el Sr. Sigal es padre de ocho robustos hijos, y que su futura vida se agita al matrimonio once de éstos en perfecto estado de salud; es decir, que iniciarán los nuevos novios su vida matrimonial con diez y nueve hijos, hecho que han de agradecer los que se interesan por la repoblación de la vieja República.

Nada puede objetarse contra esta edad, porque la edad se adquiere inconscientemente; pero las felicitaciones á los novios se reducen en anagramas críticos, al enterarse que el Sr. Sigal es padre de ocho robustos hijos, y que su futura vida se agita al matrimonio once de éstos en perfecto estado de salud; es decir, que iniciarán los nuevos novios su vida matrimonial con diez y nueve hijos, hecho que han de agradecer los que se interesan por la repoblación de la vieja República.

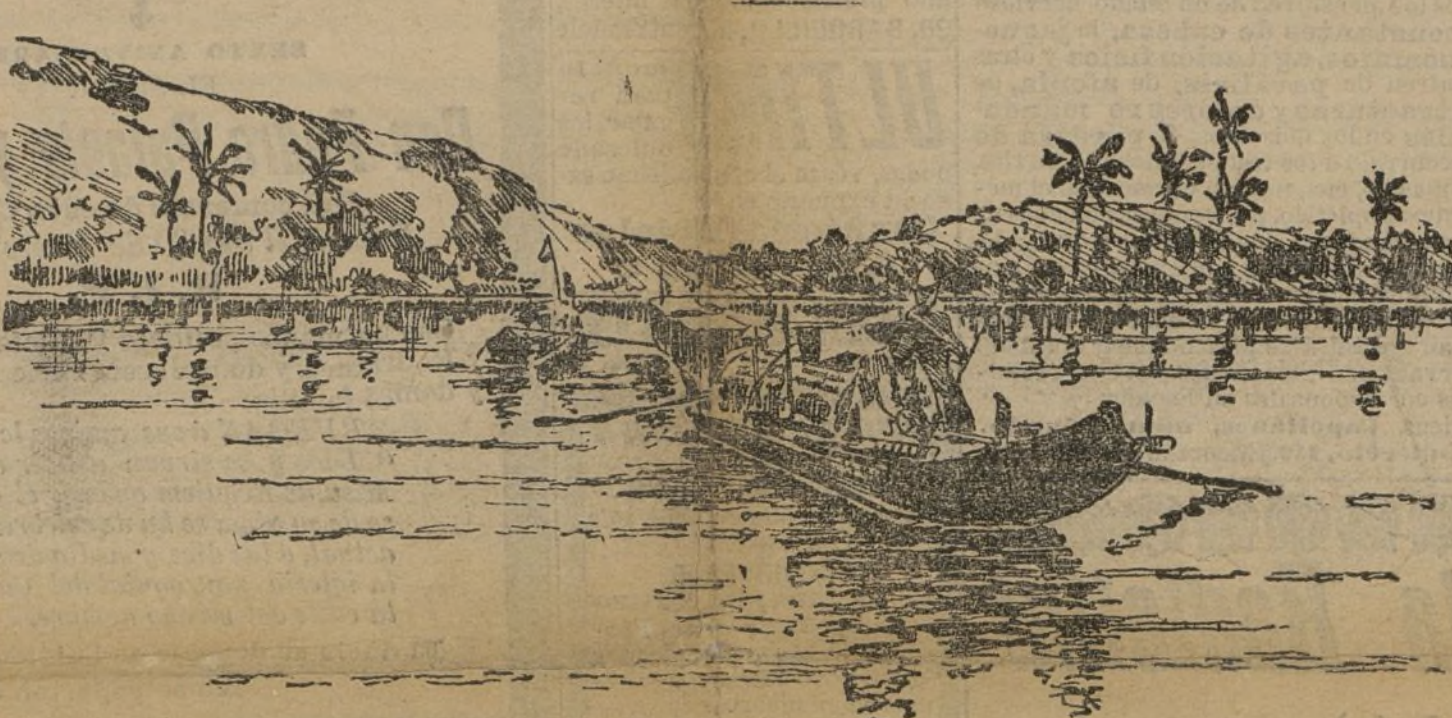
Nada puede objetarse contra esta edad, porque la edad se adquiere inconscientemente; pero las felicitaciones á los novios se reducen en anagramas críticos, al enterarse que el Sr. Sigal es padre de ocho robustos hijos, y que su futura vida se agita al matrimonio once de éstos en perfecto estado de salud; es decir, que iniciarán los nuevos novios su vida matrimonial con diez y nueve hijos, hecho que han de agradecer los que se interesan por la repoblación de la vieja República.

Nada puede objetarse contra esta edad, porque la edad se adquiere inconscientemente; pero las felicitaciones á los novios se reducen en anagramas críticos, al enterarse que el Sr. Sigal es padre de ocho robustos hijos, y que su futura vida se agita al matrimonio once de éstos en perfecto estado de salud; es decir, que iniciarán los nuevos novios su vida matrimonial con diez y nueve hijos, hecho que han de agradecer los que se interesan por la repoblación de la vieja República.

Nada puede objetarse contra esta edad, porque la edad se adquiere inconscientemente; pero las felicitaciones á los novios se reducen en anagramas críticos, al enterarse que el Sr. Sigal es padre de ocho robustos hijos, y que su futura vida se agita al matrimonio once de éstos en perfecto estado de salud; es decir, que iniciarán los nuevos novios su vida matrimonial con diez y nueve hijos, hecho que han de agradecer los que se interesan por la repoblación de la vieja República.

Nada puede objetarse contra esta edad, porque la edad se adquiere inconscientemente; pero las felicitaciones á los novios se reducen en anagramas críticos, al enterarse que el Sr. Sigal es padre de ocho robustos hijos, y que su futura vida se agita al matrimonio once de éstos en perfecto estado de salud; es decir, que iniciarán los nuevos novios su vida matrimonial con diez y nueve hijos, hecho que han de agradecer los que se interesan por la repoblación de la vieja República.

Nada puede objetarse contra esta edad, porque la edad se adquiere inconscientemente; pero las felicitaciones á los novios se reducen en anagramas críticos, al enterarse que el Sr. Sigal es padre de ocho robustos hijos, y que su futura vida se agita al matrimonio once de éstos en perfecto estado de salud; es decir, que iniciarán los nuevos novios su vida matrimonial con diez y nueve hijos, hecho que han de agradecer los que se interesan por la repoblación de la vieja República.



FILIPINAS.—Transporte de pasajeros por el río Pásig en las cercanías de la capital.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Una boda célebre.

Hoy hace cuarenta y cinco años, el 30 de Enero de 1853, que también era domingo, que se casaron con extraordinaria pompa en París nuestra bella é ilustre compatriota la condesa de Teba; con Napoleón III, Emperador de los franceses.

Cuarenta y cinco años! Poco menos de medio siglo durante el cual han cambiado muchas cosas, permaneciendo de pie, en medio de ruinas y sepulcros, la hermosa heroína de aquella historia que tiene todos los caracteres de una novela.

Doña Eugenia de Guzmán y Portocarrero, hija segunda de los condes del Montijo, tenía entonces veintisiete años, pues nació en Granada el 5 de Mayo de 1826, un año y algunos meses después que su hermana mayor doña Francisca, que el 14 de Febrero de 1844 se había casado con el duque de Alba.

La condesa del Montijo, viuda, y con sus dos hijas solteras, pasaba muchas temporadas en el extranjero, y especialmente en Londres y en París, donde eran muy bien acogidas por la sociedad aristocrática. En los salones de la capital de Inglaterra conocieron nuestras ilustres compatriotas al Príncipe Luis Napoleón cuando estaba emigrado y no aspiraba más que á volver á su patria como ciudadano, y allí comenzó entre la hermosa granadina y el Príncipe emigrado una amistad que se había de convertir en amor, colocando una corona imperial sobre los cabellos de una de las encantadoras hijas del Darro.

Cuando el Príncipe, después de la revolución de 1848, volvió á su patria y fué elegido presidente de la República, se instaló en el palacio del Eliseo, donde daba algunas fiestas, á las que eran invitados los extranjeros de distinción que se hallaban en la capital de Francia. A estas fiestas, lo mismo que á las de la corte de Compiègne y Fontainebleau, asistían, siempre que se hallaban en París, la condesa del Montijo y su hija soltera, y no se oultó á los cortesanos del jefe del Estado, que no pecan de torpes en estas cosas, los buenos ojos con que el Príncipe Presidente, que este era el título que adoptó, antes de ser proclamado Emperador, miraba á la bellísima española, que no solo era un portento de gracia y gentileza, sino que tanto como por su hermosura brillaba por su ingenio y su cultura entre aquel grupo de hombres de talento que rodeaban de continuo á su madre y á ella, y que presidía el célebre Prosper Mérimée, uno de los admiradores más entusiastas de nuestras ilustres compatriotas.

El plebiscito de 21 y 22 de Noviembre de 1852, en el que tomaron parte 8.140.000 votantes de los cuales dijeron sí 7.824.189 y no 253.145, fué el paso decisivo para llegar al imperio, que por fin se proclamó el 2 de Diciembre de aquel año.

Calmada la natural agitación producida por el golpe de Estado y vueltas á su curso natural las cosas, los ministros, los parientes y los contrarios del nuevo emperador le aconsejaban, sin cesar, que se casase, para consolidar la dinastía, y todos, como es natural, pensaban en una princesa de sangre real.

La princesa Carolina de Wassa (hoy reina de Sajonia) nieta de una Beaufort, la gran duquesa Estefanía de Baden é hija del príncipe Gustavo, hijo de Gustavo IV, el rey destronado de Suecia, fué entre las diversas candidatas la preferida por los que rodeaban al emperador; pero el proyecto fracasó tanto por dificultades puestas por la corte de Austria, como por la indiferencia del principal interesado.

El 12 de Enero de 1853 dió Napoleón III en las Tullerías el primero de los bailes del segundo imperio. A este baile asistieron la condesa de Montijo y su hija, y aunque el Emperador le inauguró bailando el rigodón de honor con Lady Clowe, la esposa del embajador de Inglaterra, fueron tales las atenciones que prodigó á la condesa de Teba, que nadie dudó de su marcada predilección por ella, y al día siguiente no se hablaba en los círculos de París de otra cosa.

Cuanto que en este baile, al ir á penetrar en un salón la hermosa española, á la que llevaba del brazo un general, oyó una palabra ofensiva que lanzaba contra ella una dama francesa, y que se quiso retirar del baile.

El Emperador que se enteró, corrió á ella y le dijo:

«No tengas cuidado. Yo os vengaré. No podrá ser cierto esta anécdota, pero ello es que á los pocos días del baile, el 19 de Enero de 1853, publicó el periódico oficial una comunicación convocando para el día siguiente en las Tullerías á los presidentes y á las señoras de las Cámaras, con todos los miembros de ellas que quisieran reunirse para recibir la comunicación que el Emperador iba á hacerles en punto á su matrimonio.

El sábado 22 de Enero se reunieron todos en la sala del Trono, y allí les hizo saber Napoleón III en un notable discurso, que fué muy comentado en Europa, que siguiendo las inclinaciones de amor y no de creencia que Francia necesitaba para nada de alianzas con familias de sangre real, había resuelto casarse con la mujer á quien adoraba, que era S. E. la condesa de Teba, grande de España.

La noticia oficial estalló como una bomba y fué la comidilla de Europa en aquellos días; pero ni aun los más opuestos al matrimonio podían negar que el Emperador era hombre de gusto y que su futura esposa merecía una corona.

Se ratificó la confianza á Máximo Gómez en el cargo de generalísimo; se ascendió á Ciriaco García al puesto de *legationnaire général*; se modificó la constitución; se aprobaron adicionales sobre legislación civil y penal y se firmó un manifiesto redactado por Capote en el que se insiste con calor en la revolución; hubo *balas* de los más afamados sinos de la manigua; se dió un gran banquete en el pórtico después tuvieron *su quetque* íntimo en que se comió gran cantidad de maíz, yuca, plátano y lechón; juró solemnemente Lacret; un discurso de Massó en que se adjudicó, por sí mismo, los títulos de *ilustre* y *héroe*, y por último una revista militar en la que formaron nada menos que los regimientos de caballería *Cayagüey*, *Edmundo* y *Gómez*, el de infantería *Juánito*, y las escuadras de Vega Recio, fuerzas encargadas de la defensa de la *asamblea* y escoltas de los representantes; total, cuatro regimientos, varias docenas de escolta, formando en juto la considerable masa de 1.100 hombres.

De los individuos del titulado gobierno no pudo decirse: todos ellos, excepción

Desde la publicación de la noticia en *le Monteur*, la condesa de Teba y su madre abandonaron el piso que ocupaban en la plaza de Vendôme, y se instalaron en el palacio del Eliseo.

El matrimonio civil se celebró en las Tullerías, el sábado 29 de Enero de 1853, y al día siguiente, esto es, hoy hace cuarenta y cinco años, se celebró con gran pompa el matrimonio religioso en la iglesia de Nuestra Señora.

La que ya legalmente era emperatriz, salió del Eliseo con el traje de novia y fué á las Tullerías, donde la esperaba el emperador y donde se organizó la regia comitiva, una de las más espléndidas y fastuosas que París ha visto.

Imbert de Saint Amand, el ilustre historiador de las mujeres que han habitado las Tullerías, cuenta que cuando vió aquel día á la Emperatriz en la carroza de gala, cubierto el bello semblante por una intensa palidez, que la hacía más interesante, le pareció, más que criatura humana, un ser ideal.

En el pueblo de París causó el mismo efecto; se había hecho público además que no había aceptado los 600.000 francos que el Ayuntamiento de la capital había votado para regalarle un aderezo, y que había pedido que aquella suma se destinase á los pobres, y esto había producido el mejor efecto y por todas partes recibió entusiastas ovaciones.

Cuando la hermosa novia penetró en la histórica basílica, alumbrada por 15.000 cirios, deslumbradora con las colgaduras bordadas de oro, su emoción era grandísima.

Una orquesta compuesta de quinientos profesores entonó un himno nupcial, y la Emperatriz avanzó bajo un palio de terciopelo bordado de oro.

«Con la larga cola del traje blanco—dice un testigo presencial de la ceremonia—con la cintura rodeada de brillantes, la cabeza coronada de azahar y envuelta como en una nube en su velo de encaje, la Emperatriz parecía una aparición celeste, y todos los corazones participaban de la emoción de la que iba á penetrar en las doradas regiones del poder y de la felicidad.»

Del poder, sin duda alguna. ¿De la felicidad? Que se lo pregunten á la venerable anciana que hoy mira desde su quinta de Cyrinus cómo se convierten en espuma las olas que llegan altivas é imponentes á la playa.

Los testigos de la Emperatriz Eugenia en su boda fueron: el marqués de Valdegamas, embajador de España en Francia; los grandes de España duque de Osuna y marqués de Bedmar, y el conde de Gálvez, hermano del duque de Alba.

De todos los personajes que con carácter oficial asistieron á la ceremonia, sólo viven dos damas: la que fué aquel día la novia y la princesa Matilde, prima del novio.

El palacio de las Tullerías, que fué la mansión imperial, ya no existe; pero en el altar donde se celebró la boda, se habrá celebrado hoy, como aquel día, el sacrificio de la misa, que todo lo que se relaciona con Dios es más permanente que lo que va unido á las grandezas y esplendores de la tierra.

KASABAL

ASAMBLEA DE LA YAYA

Ya se han despejado las dudas sobre la constitución del nuevo gobierno de los rebeldes cubanos.

La verdad es que se ha necesitado mucho tiempo para saber á qué atenerse respecto de particular tan interesante.

Hoy llega á nuestras manos un periódico filibustero de Nueva York, donde se publican datos y noticias relacionadas con este asunto.

Más que importante, es curioso cuanto ha ocurrido en la elección.

Hubo, en efecto, asamblea, pero no se verificó, como anunciaron en Guaimarillo, ni se reunió, según indicaba la primera convocatoria, el 2 de Septiembre.

Se celebró la reunión en la Yaya (Camagüey), y hubo varias sesiones en la segunda mitad de Octubre.

El resultado fué el siguiente:

Para la presidencia se votó á Bartolo Masó; para la vicepresidencia á Méndez Capote; para la secretaría de Guerra á José Alemán; para la de Hacienda á Ernesto Fons Esterling; para la de Política exterior á Andrés Moreno de la Torre, y para la de Interior á Manuel Ramón Silva.

Se ratificó la confianza á Máximo Gómez en el cargo de generalísimo; se ascendió á Ciriaco García al puesto de *legationnaire général*; se modificó la constitución; se aprobaron adicionales sobre legislación civil y penal y se firmó un manifiesto redactado por Capote en el que se insiste con calor en la revolución; hubo *balas* de los más afamados sinos de la manigua; se dió un gran banquete en el pórtico después tuvieron *su quetque* íntimo en que se comió gran cantidad de maíz, yuca, plátano y lechón; juró solemnemente Lacret; un discurso de Massó en que se adjudicó, por sí mismo, los títulos de *ilustre* y *héroe*, y por último una revista militar en la que formaron nada menos que los regimientos de caballería *Cayagüey*, *Edmundo* y *Gómez*, el de infantería *Juánito*, y las escuadras de Vega Recio, fuerzas encargadas de la defensa de la *asamblea* y escoltas de los representantes; total, cuatro regimientos, varias docenas de escolta, formando en juto la considerable masa de 1.100 hombres.

De los individuos del titulado gobierno no pudo decirse: todos ellos, excepción

hecha de Massó, carecen de personalidad; Méndez Capote no pasa de ser un protegido de españoles caracterizados á quien traicionó; Alemán, un ignorante de Las Villas también traidorzuelo, comprometido con Martí cuando se fingió amigo leal de autoridades españolas; Fons Sterling, un muchacho educado en la Academia militar de St. Plasant, Sing Sing de Nueva York; La Torre, un hijo de Cárdenas que estudió en Madrid la facultad de Derecho hasta el cuarto año, y que luego fué á cultivar caña en Cienfuegos, y Ramón Silva, un médico que estudió el bachillerato en el Instituto del Cardenal Cisneros y parte de su facultad en la Universidad Central, tomando parte activa en los sucesos provocados por los estudiantes, siendo gobernador de Madrid el Sr. Villaverde y jefe de policía el hoy general Oliver.

Esto es todo, siendo de interés el dato siguiente: de acuerdos tomados en Octubre no han podido dar cuenta los órganos filibusteros hasta la mitad de Enero.

Por lo visto, no gozan de tanta libertad en las comunicaciones.

PARIS AL DIA

PÉLE-MÉLE

¿Qué sería de nosotros sin los telegramas que envían los corresponsales, más ó menos auténticos, de estos periódicos á Madrid? En el *farfago de Dreifusadas* que nos acometen diariamente, la nota de Madrid es una de las pocas que amanan la lectura de los periódicos. No olvidará nunca la grata y regocijada impresión que me produjo en un día de tristísima y monótona lectura, cuando la prensa parisienne nos daba una lata parecida á la de ahora, un telegrama de Madrid, ó fechado en Madrid, según el cual la Reina había consultado sobre la crisis de entónces al «mariscal Silveira». Con lo que se dice ahora á propósito de eso que pudiera llamarse contradicción de barcos de guerra entre los Estados Unidos y España y viceversa, me atrevo á escribir un novelón amenísimo.

Y quizá me decida á escribirlo, porque, aparte la consabida *Dreifusada*, que parece una novela por entregas, en París no hay acontecimientos. La prensa madrileña no acepta los despallarros de la prensa londinense. El redactor del periódico inglés que, según refirió á ustedes, cuando las fiestas de Zar describió los barcos que había en el puerto para hacer acto de presencia en Cherbourg, gastando en ello mil y tantos francos, no haría carrera en España. Me figuro el gesto de Figueroa si yo le enviase por telégrafo, en estos días de calma en el vacío, una descripción del boulevard des Italiens y de la columna Vendôme. Ni siquiera en crónica parecería bien al *Hexarbo*.

Porque á la señora Chassegros, que murió de lepra y abandonada de sus antiguos amigos, se le ocurrió la idea de vengarse con instituir herederos de tres millones que tenía á los perros de la ciudad, los corresponsales ingleses y americanos han gastado una porción de miles de francos en describir la vida que hacía la señora Chassegros, sus gentilezas y sus lepras. Pero yo no creo que á ustedes les quite el sueño la lepra que tuvo la señora Chassegros, ni el hecho de echar sus millones á perros, cuando tantos hombres perecen de hambre, ni el sentimentalismo que á ciertos periódicos inspiran los abnegados perros que no se separaron de la señora «a pesar de la lepra», siendo así que la lepra es un atractivo para que no se vayan los perros.

Pues el mundo parisienne no nos ofrece más novedades. Es decir, como novedades hay una que merece reseñarse: la novedad de que en los bailes de esta temporada manda la moda que los jarros de naranjada alternen con jarros de leche.

Este líquido se ofrecía generalmente por los pobres que vivimos en el campo, y por los que no tenían qué ofrecer á las visitas, las obsequiábamos, alejándolos tristemente.

Ya sabe usted que en este pueblo no hay nada. Pero pudo ofrecer á usted un vasito de leche, muy buena y fresca.

Después de lo cual quedábamos apabullados por la insignificancia del obsequio. Pero ahora resulta que estamos de moda los del pueblo.

Y como si esto no fuera bastante, nos advierte la moda parisienne que, siguiendo lo preceptado por la moda inglesa, el *chic* universal consiste en no pasar el invierno en París, sino en un campo de Francia; de modo que yo, sin comerlo ni beberlo, soy uno de los hombres más *chic* de Europa, noticia que, á falta de otras mejores, doy á ustedes para distraerlos de la lata del asunto Dreifus, que sigue sin novedad.

LUIS BONAFOUX.

MADRE A LA FUERZA

Las personas que transitaban á la una de la tarde por el paseo del Comercio, los devotos que iban de misa de San José y las Calatravas á esta hora han sido testigos de un espectáculo sobre el cual es lícito llamar la atención de las autoridades, ya que, por desgracia, en Madrid no existe, como sucede en los países civilizados, una Sociedad protectora de animales á quien recomendar el caso.

Lo ocurrido es tal como sigue.

A dicha hora había uno de tantos sujetos que pululan por la calle de Alcalá y Puerta del Sol vendiendo perros de caza y de lanas, esquiná á la calle de Peligros y junto al puesto de flores de la Dolores.

Cuando el vendedor vocaba su mercancía con más entusiasmo ofreciendo al público la adquisición de ocho ó diez perillitos muy limpios y cuidados, pero de todas castas, llegaron dos ó tres golfos conduciendo á viva fuerza á una perra negra de lanas, tan flaca, que los huesos pugnaban por salir al exterior á través del pellejo.

«¡Vámonos, chico!—dijo uno.—Prepara los niños, que han llegado la hora de comer.

Los perillitos, que habían advertido la presencia del *ama de cría*, se agolparon y trataron de hacer presa en el escaudillo viembre de la perra.

Esta fue sujeta por la cabeza y por las patas y quitadas que no, fué sacada de los golfos, hubo de llevar á los perillitos desconocidos, que nunca veían saciado su apetito.

</